

El antro de las mariposas

J. Moz

# EL ANTRO DE LAS MARIPOSAS

**J. MOZ**



**NARRACIÓN LÍRICA**

# Capítulo 1

## De espaldas

La noche aterriza con su remolino de voces, de gritos, de vicios; se expande con sus alas embriagadoras, eternas, delirantes. Es la noche antediluviana que a unos arrulla y a otros despierta... sedientos de sueños palpitantes, precipitados, como si mañana ya no hubiera tiempo. Y los despierta con una garra fría, tan fría que quema y en el vientre de cada noctámbulo arde una llama preñada de placer.

Entre ellos va Eloísa, aventurándose, arriesgándose, descubriendo nuevas sensaciones, abriéndose, expandiendo sus placeres, desbordada sin límite.

En el ambiente revuelto se aprecia una disco de apariencia desgastada, de luces que bostezan. Hay una multitud que se arremolina para lograr entrar. Las manos se alzan al compás de un yo, déjenme pasar, pero los cadeneros de porte arrogante y sobreactuado le niegan el acceso a la mayoría, como si gozaran alargar la espera. Eloísa los insulta en silencio mientras un hombre entrado en la tercera década, treinta y cuatro, acaso treinta y cinco años, le mira la silueta y se conmociona de gozo. Es un cliente asiduo. Al levantar la mano los hombres le permiten el paso. En cuanto avanza se gira y señala a Eloísa: ella viene conmigo. Los cadeneros se sonríen con él. A ella se le abre el mundo: avanza al lado del terrible flechador, a pleno contoneo, como se anda en una alfombra roja.

Ah, Eloísa, quién te viera, ninfa lábil en todos los senderos: si te vieran, si te vieras, cuánto has caminado y cuánto te falta caminar.

La disco se abre a través de un pasillo semioscuro. Los sonidos se acercan cabalgando entre los hedores mientras Eloísa le agradece al desconocido. Él no dice nada, solo sonríe y posa una mano en el hombro de ella: ambas pieles se erizan. Al parecer, se avecina un relámpago en la noche.

Al final del pasillo, unas escalinatas conducen al lugar anhelado: sillas, mesas y banquillos, taburetes, vasos y ceniceros, risas, luces y música, además de siluetas confusas que asemejan una criatura de cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas unidas por la boca. Él se entusiasma, Eloísa suspira, ambos se embriagan aún sin beber: la mirada se les llena, los labios ya les arden, las piernas tambalean, el vientre ya les gruñe. Y de repente, como si hubiera brotado de la nada, observan la pista de baile, ese punto que es mucho más que el corazón del lugar: una arena, un toreo, una cama multimatrimonial, una tabla de sueños y, también, una canastilla rumbo al cielo.

A través del cuerpo de Eloísa se transita con facilidad, ya sea con las manos, con la lengua, con los labios o con todo el cuerpo. Es un territorio que a primera vista parece normal, pero una vez que se adentra en las zonas benditas el caminante se extasía y ya no quiere salir. Cada zona tiene un sendero y cada sendero culmina en cascada: qué aguas revolotean en la caída. El amante debe tener cuidado ya que puede embriagarse; incluso, ahogarse. La sensualidad de Eloísa es un embrujo divino: invoca, marea, induce a pecar. Poseerla es una catástrofe naciendo.

La noche.

La noche anhelante de placeres.

La noche palpitante en cada mano.

La noche embriagante en cada poro.

Ah, la noche, la noche...

Y ahí está Eloísa con aquel hombre, Ariel. La conversación ha sido breve pero significativa; los silencios, largos pero llenos de miradas.

La pista de baile aún no se abre; no obstante, la bebida y los cigarros mantienen el ambiente enfebrecido y se dan las oportunidades de la cercanía y el calor. Ariel rompe los límites: la boca reptando en el cuello, en la mejilla, en la boca de Eloísa. Ella, acostumbrada a sentir la misma emoción al traspasar los límites; él, exaltado con la novedad, con la piel turgente, con las formas que ya no encuentra en su mujer.

Y la noche sigue latiendo plena, monstruosa.

Sus pies asemejan las pisadas de una semidiosa, parece que salpican luz ahí donde camina.

Su empuje incita a escalar hacia confines prometedores.

Sus dedos, tan finos; sus tobillos, tan alados; inquietan y se antoja besarlos.

¿Qué calzadas habrán caminado esos pies de estela caprichosa?

Sus pantorrillas y sus muslos evocan a los escultores de tiempos antiguos.

¿Qué manos, qué cinceles dejaron ahí su eterna marca?

De las siete hermanas, Eloísa fue la que nació menos bella: era la flor marchita en un jardín de pétalos exquisitos, en un jardín donde las miradas se detenían y se desbocaban lascivas, donde los deseos ardían y cada flor se plagaba de rocío viril. Eloísa era la más chica, la única niña entre jovencitas de formas y contornos inquietantes: todo ojo ganaba luz, crepitaba y se tornaba vértigo en aquel festín adolescente.

De todas sus hermanas, de todas sus primas, de todas sus amigas, Eloísa fue la única que experimentó una metamorfosis envidiable: la flor marchita reventó en una mariposa de alas enloquecedoras. Tenía diecinueve años cuando se manifestó la transformación, cuando desató la envidia entre las féminas que la rodeaban y se internó en el sueño de los hombres: entonces la mariposa inició un vuelo irrefrenable.

Eloísa de la primera ebullición.

Eloísa de las caricias curiosas.

Eloísa de la exploración a fondo.

Llegaba a su habitación como poseída, los vapores le subían del vientre hacia los senos y presa del descontrol y la premura se tumbaba en la cama para ejecutar maniobras sin siquiera quitarse la falda del colegio. Y en el transcurrir de los días se admiraba en el espejo, ensayaba posturas y gestos, seleccionaba la vestimenta diaria, alargaba la ducha, coqueteaba en el recreo, agendaba la fiesta del viernes, del sábado, guardaba el número telefónico de uno, cinco, siete hombres, ya fueran compañeros de clase, conocidos de un antro o contactos de internet.

Eloísa experimentada.

Eloísa encendida.

Eloísa desencadenada.

Qué vientos te soplaron y con qué fuerza, parece que te impregnaste del soplo de los dioses.

Sus senos enaltecen a quien mira, honran la curva de una mano, embriagan la sed de toda boca, sorprenden cuando están en calma, hechizan cuando se mueven.

Flotan... y animan a volar.

La pista de baile se abre. Explota la conmoción. El antro se vuelve un cuadro en blanco y negro. Las siluetas se mezclan entre el humo y el ensueño: danzan alocadas a un ritmo desenfrenado.

Pechos vibrantes.

Ánimos flotando.

¡Oh, noche!

Cuerpos en contorsión.

Ojos deslumbrados

Temores mudos.

¡Oh, juventud!

Besos oceánicos.

Tiempo sin horas.

Lenguas en malabar.

Y el mundo, intempestivamente, se va empañando.

Su cuello es el emisario de lo altivo, presume por donde pasa, gira para elegir. Cuando el viento sopla, rendido, fascinado, se corta a su paso y silba.

Sus hombros son el monumento a lo oblicuo. Quien se desliza o se escurre a través de ellos desea repetir la experiencia.

Eloísa, experta en vuelos arriesgados y en caídas placenteras.

Su cuerpo es una creación de geometría calculada, de geografía en libertad:

abierta,

sedienta,

inmensa.

¿Cuántos hombres caben en tu andar? Yo quisiera ser Carlos y Humberto y Alfonso, también Hernán, Leopoldo y Ariel, pero soy el poeta que te inventa: te trazo con mis letras y te desdibujas en brazos ajenos.

Ah, Eloísa, cómo arde sentir que te quiero y saber que estás tan lejos, cómo arde imaginar que eres de otro, cómo arde creer que nunca estarás conmigo. Aunque... al escribirte, leerte y reescribirte, ¿no eres más mía que de los demás?

Caen las palabras sobre tu cuerpo, caen con un peso de siglos enmohecidos, empapan el campo, la ciudad, caen sobre ti, repiquetean y florecen el idioma de tu piel, Eloísa de placeres prometidos.

El vientre y la espalda de Eloísa confirman las alabanzas a dicho cuerpo. Se yerguen o se encorvan según la necesidad de la amada, o según la petición del amante. Primero hay un oleaje medido, luego una marea embravecida. La cresta de cada ola se alza, se dobla y estalla en los riscos del otro cuerpo. Es un vaivén donde ambas pieles naufragan a voluntad,

gozando de los embates y glorificando el ahogo que estar por llegar.

La noche es larga y sin embargo esta noche se muere lentamente. Ariel mira su reloj: 1:07 a.m. y piensa: esto no puede acabarse. Apura la bebida de un trago, se levanta y le propone un nuevo vértigo a Eloísa.

—Ya me aburrí —dice él y pide la cuenta—. ¿Qué tal si vamos a otro lugar?

Eloísa no lo piensa, no responde, no lo necesita, es hija predilecta de su destino, de ese sendero que serpentea, se inclina y arde desde hace tiempo en su diario vivir: caída libre sin prejuicios ni complejos.

Apaga el cigarro y se levanta mientras Ariel, después de pagar, la toma del talle, le da el paso y caminan a la vez que el piso se torna una marea sigilosa. En el acto, varias miradas se enredan con la pareja: los critican, los señalan, se ríen de ellos; acaso algunos sienten envidia, se reflejan en un espejo falso, sueñan a oscuras y suspiran frustrados.

Cuando llegan al auto el horizonte se abre aventurero: trayecto sin rumbo, sin pena ni pecado. Él sonrío como galán de cine en pleno close up, acelera y avanzan mientras posa la mano en la pierna de Eloísa. Ella lo mira, sonrío y separa un poco sus piernas: la falda es una invitación abierta.

## **De lado**

Sus brazos son dignos de una pintura renacentista.

Sus manos se antojan volátiles, dignas de ejecutar una pieza de piano.

Sus dedos, selectivos, arrogantes, se mueven seductores, alegres, y en cada uno de sus trazos se asoma Orfeo con su lira.

Llegan a El antro de las mariposas, pero lo encuentran abarrotado y les niegan la entrada. Ariel dialoga, casi implora, cual discurso de político,

pero el no hay cupo es rotundo, definitivo.

Las fantasías y los deseos se petrifican: parece que las estrellas se van a caer.

Regresan cabizbajos, sin hablar. Las pisadas son las antagonistas del silencio. Luego, a lo lejos, un claxon, un ladrido, risas. Segundos después se disipan los sonidos. La noche vuelve a ser una bestia dormida, quieta, silente.

En cuanto entran al auto se miran, no hablan. Las luces de la calle se reflejan en el parabrisas y el tono ambarino se distorsiona en varios colores. A lo lejos, gente caminando: siluetas extrañas en las sombras. Siguen sin hablar, sin dejar de mirarse. Eloísa sonrío dominadora, maravillosa.

Y se besan.

Y la mano en la rodilla.

Y la mano en el muslo.

Y la mano...

La mano suplicante.

La mano tentadora.

La mano triunfal.

Y ambos flotan otra vez.

Ah, Eloísa, transformas los caminos en desfiladeros: qué cascadas, qué ríos se hacen a la mar, al amar.

—Vamos a mi casa —dice Ariel.

Ella asiente mientras inventa otra noche.

Y manan, manan los hilos del agua.

Su pubis es un santuario para quien ha llegado ahí. A primera vista se alza una cúpula de hebras enlazadas, breves, semejante a los jardines que poseían los reyes en el interior de sus palacios. Se quiere estar ahí,

reclinado, acostado y revolverse entre sus sombras. Luego se observa un acantilado que colma al cuerpo de plenitud. Y brota un arco que conduce a una catedral de resonancias infinitas: ahí se adora al placer, a la libertad furtiva y al origen del hombre. Es un lugar de oscuridad luminosa, cegadora, donde se entonan los cantares de poetas milenarios.

La botella, los vasos, el cenicero en el buró. La ropa tirada, rendida en el piso. Los cuerpos desnudos, satisfechos entre las sábanas. Y las huellas de la noche revueltas en el ambiente. Los olores se enredan entre la luz de la mañana: apesta delicioso.

Un avión cruza el cielo y deja su estela horrisona. Las ventanas vibran. El viento se retuerce. Eloísa y Ariel se saben despiertos pero ambos siguen con los párpados cerrados, quieren atenazar la noche; al menos, en su mirada. Es imposible. El sol hiere, exige movimiento, empuja a levantarse. Eloísa abre primero los ojos, se despereza, se estira. Mira a Ariel, complacida; luego, él se reanima. Lo primero que ve es un cuadro perfecto: Eloísa acostada de lado, los senos precipitados, las piernas en triángulo, el pubis insinuado. Ella permanece atenta, inmóvil, con la cabeza sobre la mano, mirándolo.

Se sonríen.

Se saludan.

Se besan.

Ariel le acaricia desde el hombro hasta las nalgas y ahí se detiene, en la bendita curva que lo eterniza. Y ella se acuesta sobre él, alargan el beso, empiezan a moverse, buscándose, provocándose: dos cuerpos sincronizados, sin miedo, abriéndose paso a ciegas, semejantes a serpientes en libertad.

Sus nalgas son un milagro para quien mira, electrifican de solo imaginar un recorrido con las manos. Bendita sea la forma, bendita sea la gravedad al caminar.

Veo una silueta en la ventana,  
curvilínea, excitante, excitada.

Es Eloísa,  
enredada con el viento,  
inmóvil en el tiempo,  
entre los pliegues del silencio.

Sueña con El antro de las mariposas: toda ninfa añora volver al Olimpo.

Y brota el deseo,  
tu mano entre tu sombra,  
un vaivén acompasado,  
un gemido en espiral.

Te adueñas de la noche y disfrutas del temblor consagrado, sensualidad  
extendida en una sola piel.

Y la ventana es el centro del mundo.

Afuera de tu cuerpo:

lo de menos.

Adentro de tu cuerpo:

lo que importa.

Te miro como se mira la grandeza del mundo: comunión secreta,  
semejante a quienes miran la luna al mismo tiempo y se creen los únicos  
observadores en el cielo.

Eloísa se retira de la ventana, se acuesta y cierra los ojos:

sabe que estoy, que soy, que somos.

¡Oh, Eloísa!

Te veo, te siento, te evoco

mientras el silencio se quiebra y el viento pronuncia tu nombre.

Su cabellera cobra vida independiente en cada movimiento, en cada postura: es una musa de brazos y lenguas alocadas. Se enmaraña, se agita y anhela acariciar el cielo.

Su rostro reta todo ángulo y lo vence.

Sus ojos enamoran.

Su nariz inquieta.

Su boca conmociona: cuando se abre el mundo nace otra vez.

## **De Frente**

La noche es un antro abismal: seduce, entusiasma, sacude. Es un desfile de luces y sombras, de sueños y pesadillas. En el ambiente laten sueños de alas ligeras, de garras firmes, de ardores infinitos.

Eloísa y Ariel, una semana después, llegan a El antro de las mariposas. Él se encargó de reservar con antelación para no perder, una vez más, los placeres prometidos.

El lugar tiene un aspecto que asemeja más un hotel de lujo que un antro común. Lo primero que salta a la vista son amplios jardines con una fuente en el centro. Para llegar a la entrada principal se deben recorrer varios metros a través de un sendero que conduce a una escalera. En ese punto se reciben los boletos y se revisa a los invitados. En el interior, el piso es de mármol; sus paredes, altas como las de un museo, sostienen óleos de escenas eróticas. Quien contempla detenidamente estas pinturas empieza a sentir cosquilleos en el cuerpo. También se observan esculturas en posiciones amoratorias.

Una vez que se cruza la sala de recepción se llega a una zona que rememora la pista de un circo, la cual, está acolchonada. Y a su alrededor,

decenas de sillas de cómoda ebanistería.

Eloísa y Ariel buscan su lugar y se sientan. Por los altavoces se escucha la bienvenida y se anuncia el inicio del espectáculo.

Una mujer entra a escena girando un bastón con fuego en ambos extremos. La única prenda que viste es una falda de hilos dorados, la cual resplandece cada vez que el fuego se acerca. Después de varios minutos, un hombre y una mujer entran a escena, desnudos, al compás de las percusiones. Se miran cautelosos, se acercan lentamente y empiezan a besarse, a tocarse, a poseerse. El momento late arrebatado, rítmico, bestial. Eloísa se conmociona y se alegra a la vez. Qué experiencia tan novedosa, tan atrevida, tan bella.

Eloísa iniciada.

Eloísa encendida.

Eloísa petrificada.

Como segundo acto entran dos mujeres y un hombre. La noche es un antro que respira, bufa y grita. El tiempo se detiene como si el universo girara alrededor de este lugar: hasta parece que las estrellas copulan.

Finalmente, los espectadores se desnudan, abandonan sus asientos y se reúnen en la pista acolchonada. Es el acto principal, la gran orgía, donde cada quien es el protagonista. Eloísa acaba de descubrir otro mundo y de algún modo lo reconoce, lo hace suyo: quiere estar ahí, se le antoja que la miren. Entonces ella y Ariel se unen a la multitud enmarañada.

La noche se anuncia larga, irrefrenable, visceral. Eloísa se conmueve, se crispa, se transforma. En su interior se baten las alas, las garras del placer.

Y de un tiempo a otro ya no es Ariel quien la posee, sino Ricardo, Patricio, Daniel...

Telaraña de piernas y brazos.

...Hugo, Salvador, Octavio...

Cada cuerpo es una ola.

...Roberto, Luis y Manuel.

Y de un tiempo a otro ellos se disipan y aparezco yo,

Eloísa en cada sueño,  
Eloísa imaginada,  
Eloísa en todo cuerpo.  
Te veo, te invento, te evoco,  
Eloísa coronada,  
te hablo, te siento, te toco,  
Eloísa transmutada,  
por primera vez te toco...  
Y nos encendemos.  
Y sonrías.  
Y sueñas:  
libre, aérea, desbordada,  
esta noche, todas las noches,  
mientras me esperas.

*Finem canticum*